

IMAGINAR UN PAÍS

ESPAÑA EN 2050

Jesús Carrasco
Elizabeth Duval
Espido Freire
Inés Martín Rodrigo
Sergio del Molino
Rosa Montero
José Ovejero
Lorenzo Silva
Manuel Vilas

Presentación de
Mario Vargas Llosa
—
Prólogo de
Antonio Muñoz Molina


ESPASA

IMAGINAR UN PAÍS

ESPAÑA EN 2050

Jesús Carrasco / Elizabeth Duval

Espido Freire / Inés Martín Rodrigo

Rosa Montero / Sergio del Molino

José Ovejero / Lorenzo Silva / Manuel Vilas

Presentación de Mario Vargas Llosa

Prólogo de Antonio Muñoz Molina



OFICINA NACIONAL
DE PROSPECTIVA
Y ESTRATEGIA

De los textos:

- © Jesús Carrasco, 2022
- © Elizabeth Duval, 2022
- © Espido Freire, 2022
- © Inés Martín Rodrigo, 2022
- © Sergio del Molino, 2022
- © Rosa Montero, 2022
- © José Ovejero, 2022
- © Lorenzo Silva, 2022
- © Manuel Vilas, 2022

De la presentación: © Mario Vargas Llosa, 2022

Del prólogo: © Antonio Muñoz Molina, 2022

© Instituto Cervantes, 2022
© Oficina Nacional de Prospectiva y Estrategia, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: Eoneren / Getty Images

ISBN: 978-84-670-6737-8
NIPO (Instituto Cervantes): 110-22-021-0
NIPO (Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática): 089-22-017-6
Depósito legal: B. 19.131-2022

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Presentación. Futuros, MARIO VARGAS LLOSA ...	9
Prólogo. El mañana no escrito, ANTONIO MUÑOZ MOLINA	13
La armonía de lo diverso: reparando el bien- estar futuro, LORENZO SILVA	25
Cómo cumplir noventa y nueve años, ROSA MONTERO	47
Enséñame a pensar, enséñame la vida, MANUEL VILAS	67
Contra el vencimiento, JESÚS CARRASCO	85
Trabajos futuros, ESPIDO FREIRE	103
Proteger el medio ambiente: una cuestión de supervivencia, JOSÉ OVEJERO	123
El territorio: donde <i>Spain</i> puede dejar de ser <i>different</i> , SERGIO DEL MOLINO	145
Producir otra España distinta, ELIZABETH DUVAL	165
«El futuro de España», conjugado en igualdad, INÉS MARTÍN RODRIGO	183

La armonía de lo diverso:
reparando el bienestar futuro

Lorenzo Silva

I. EL BIENESTAR COMO ASPIRACIÓN HUMANA

Ya nos advierte Heródoto, al comienzo de su *Historia*, que el bienestar humano nunca es permanente. Como ejemplo, entre los muchos que el propio Heródoto nos ofrece, vale el del tirano de Lidia, Creso, que de ser uno de los hombres más ricos de su tiempo pasó sin solución de continuidad a vivir como esclavo. Incluso si la vida nos sonríe, siempre habrá asuntos que nos desazonen o incomoden. Lo recuerda Michel de Montaigne en el último de sus *Ensayos*, titulado «De la experiencia»: «Igual que la armonía del mundo se compone de cosas contrarias, así también nuestra vida se compone de tonos diversos: suaves y ásperos, agudos y graves, livianos y solemnes». A semejanza del músico, que debe

aprender a utilizar y mezclar todos los tonos, «nosotros hemos de hacer lo mismo con los bienes y los males, que son consustanciales a nuestra vida». El bienestar que sólo se nutre de placeres es una quimera: el asequible a los seres humanos se alcanza mediante el equilibrio de sus fracasos y sus logros.

El bienestar es una aspiración individual, pero también se puede y se debe concebir como una meta comunitaria, cifrada en la consecución de unos niveles mínimos o satisfactorios para los individuos que componen esa comunidad. Y no se trata de una propuesta posmoderna: ya la Constitución de 1812 señalaba en su artículo 13 que «el objeto del Gobierno es la felicidad de la Nación, puesto que el fin de toda sociedad política no es otro que el bienestar de los individuos que la componen». Lo paradójico es que sobre ese fin primordial no se pidan ni rindan cuentas, por ser una magnitud que escapa a las mediciones habituales y de la que indicadores como el Producto Interior Bruto (PIB) nos ofrecen insuficiente noticia.

Si bien puede darse en términos generales una correlación entre niveles de renta y percepción de bienestar, hay factores que alimentan este y no están

en función del aumento de la riqueza nacional —como la calidad de las relaciones familiares— y otros que lo merman y cuyo impacto negativo puede incrementarse con el PIB —como sucede si el crecimiento económico se asienta sobre la destrucción del medioambiente—. La sociedad española, que parte de unos niveles razonables y para muchos envidiables de bienestar —así lo acredita el hecho de que en 2019 un 85 % de los habitantes de nuestro país se considerara satisfecho con su vida—, no puede sin embargo ignorar que la distribución de ese bienestar es desigual. Y aunque la tendencia ha sido positiva en las últimas décadas, no ha dejado de experimentar retrocesos puntuales —por ejemplo, tras la crisis de 2008— y se identifican en el horizonte inmediato tanto oportunidades como riesgos.

II. EL BIENESTAR CONSEGUIDO HOY

Antes de mirar hacia el porvenir, conviene tener una idea lo más precisa posible de dónde estamos. Cuáles son las bases de esa satisfacción mayoritaria de

los españoles con su vida, dónde están los focos de insatisfacción y en qué parte de la población ejercen de una manera más intensa su sombría influencia.

No se pueden ignorar algunos datos básicos: en los últimos cuarenta años la renta per cápita de España se ha duplicado, la tasa de empleo ha subido más de quince puntos, se ha mejorado el nivel educativo de la población, nuestra esperanza de vida está entre las más altas, se han fortalecido las instituciones y se han conseguido unas cotas de seguridad, libertad y tolerancia que están al alcance de pocos países en el mundo. Eso conduce a que la percepción de los españoles acerca de su «felicidad» se sitúe por encima de la media europea y sobrepase las de Francia o Italia, países vecinos y con relativa afinidad en su visión de la vida.

Sin embargo, existen indicios que apuntan a la existencia de bolsas y focos de malestar a los que conviene atender para esbozar una proyección del bienestar futuro. Un 12 % de nuestra población se sentía en 2019 poco o nada satisfecha con su vida, una cifra que no es insignificante y que en el caso de los nada satisfechos, uno de cada cincuenta españoles,

se ha de interpretar como una clara señal de alerta. En segundo lugar, la crisis de 2008, a la que ahora sucede la debida al coronavirus, dejó en evidencia la fragilidad del bienestar subjetivo en España ante los reveses económicos: los niveles de satisfacción tardan mucho en recuperarse entre nosotros tras estos episodios. Y un tercer frente de vulnerabilidad del bienestar en España tiene que ver con la heterogeneidad en el grado de satisfacción percibida por los españoles en los principales dominios que lo explican: la situación económico-laboral, la salud física y mental y el capital social —entendiendo por este el derivado del entorno relacional de la persona, familia y amistades, y el comportamiento general de la sociedad: normas, valores, cooperación, confianza—. Entre nosotros no se alcanza el equilibrio entre los tres dominios, por la insatisfacción en cuanto a la situación económica y laboral, que neutraliza las mejores valoraciones en salud y relaciones familiares y menoscaba los resultados vinculados al ocio.

Si se quiere converger con los países más felices de Europa antes de 2050 hay que afrontar estas de-

bilidades, y en especial la última, conectada con la incidencia de la pobreza que persiste todavía en sectores indeseablemente amplios de la población.

III. ENEMIGOS Y ALIADOS DEL BIENESTAR

El bienestar se ve amenazado por todos aquellos factores que incrementan la angustia, la incertidumbre, la inseguridad o la zozobra entre las personas, y favorecido, en cambio, por los que contribuyen a transmitirles equilibrio, serenidad y certeza en el futuro. Para diseñar una estrategia conviene ahondar en los primeros, a partir de las amenazas ya identificadas, y tratar de fortalecer los segundos, sobre la base del conocimiento y las intuiciones más o menos sólidas con que contamos sobre ellos.

Del lado adverso destaca, con mucho, el impacto que tienen el desempleo y los bajos ingresos: en España, entre las personas que ganan menos de 1000 euros al mes la insatisfacción sube hasta el 37 %, mientras que entre las que tienen una renta de más de 2500 euros al mes la satisfacción roza el 90 %.

Por otra parte, en la escala de los altos ingresos, por encima de los 4500 euros las subidas de renta aumentan poco la satisfacción vital, e igual sucede con los aumentos generalizados de ingresos. En cambio, las reducciones generales de ingresos provocan bruscas caídas del nivel de bienestar percibido, porque suelen venir acompañadas entre nosotros de pérdida de empleo, pobreza e incertidumbre. También es un foco potente de malestar la falta de una ocupación. Entre las personas ocupadas la satisfacción es mayor que entre las jubiladas, desocupadas y las que realizan tareas domésticas. Sin embargo, la precariedad y las jornadas largas conducen a muchos españoles —más de la mitad de la población española ocupada— al estrés laboral y a considerar que el trabajo es un mal necesario. La satisfacción laboral entre nosotros se encuentra muy por debajo de la media de la Unión Europea (UE).

Otro enemigo del bienestar es la falta de salud. Si bien los españoles tienen acceso a un sistema sanitario que les procura notables niveles de salud física, traducidos en una esperanza de vida de las más elevadas del mundo —aun con las carencias que

afloraron durante la pandemia de la covid-19—, no cabe decir que sea óptima la situación en cuanto a salud mental, un frente en el que dicha pandemia y sus restricciones no han ayudado a mejorar la situación. La prevalencia de enfermedades mentales en España no es superior a la de otros países de la UE, tampoco la cifra de muertes por consumo de alcohol, drogas o suicidio, pero hay que anotar que en 2017 un 13 % de la población tenía diagnosticado algún trastorno mental, con mayor impacto entre las mujeres mayores de 55 años, las personas que no pueden trabajar y quienes tienen un nivel educativo bajo. Además, en los últimos años el consumo de ansiolíticos y antidepresivos se ha disparado y se coloca por encima de la media de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). El abordaje prioritariamente farmacológico de estos problemas de salud mental, a través de la atención primaria, es una estrategia cuestionable y que se explica por una carencia de recursos en el sistema para tratarlos con psicoterapia o psicología positiva.

En el ámbito social, la alta satisfacción de los españoles con sus relaciones de amistad y familiares

—más del 85 %—, o que la inmensa mayoría —el 93 %— cuente con alguien en quien puede confiar en caso de necesidad, no deben ocultarnos problemas de fondo. Por ejemplo, la permanencia de viejos roles en cuanto a las relaciones entre hombres y mujeres, que en su faceta más preocupante conducen a que más de la mitad de las mujeres de nuestro país hayan padecido alguna forma de violencia por el hecho de serlo, desde las vejaciones, el acoso o las amenazas a las formas más graves de agresión física. Semejante situación no sólo menoscaba el bienestar femenino: también el de los varones que no han aprendido otro modo de gestionar sus emociones. En otro orden de cosas, existe entre los españoles un grado de desafección ciudadana relativamente elevado, que se traduce en una falta de confianza general, común a otros países del sur, y una baja involucración en la vida cívica. En España apenas el 31 % de la población participa en alguna asociación, cuando en Alemania o Finlandia lo hace el 70 %. Esto nos sitúa entre los países con más bajo nivel de compromiso cívico de la OCDE y tiene repercusiones cruciales en nuestro desarrollo, ya que

a la postre disminuye la disposición de la ciudadanía a anteponer el interés general al particular y a aceptar reformas de calado.

A nuestro favor, en la situación de partida, contamos con un sistema de salud sólido, una red de relaciones personales que sostiene a los españoles en mayor medida que a otros y la posibilidad de desarrollar nuestro sistema productivo y el capital humano mediante la mejora de la educación y la explotación del inmenso potencial cultural que nos proporciona expresarnos en la segunda lengua del mundo en número de hablantes nativos. A lo que cabe añadir las sinergias que produciría el incremento del bienestar: está comprobado que un estudiante satisfecho tiene mejor rendimiento académico y tiende a prolongar su formación, lo que da lugar a una fuerza laboral más cualificada y propicia una ciudadanía más participativa y menos desigual. Del mismo modo, los trabajadores satisfechos producen más, las personas con un nivel de bienestar alto viven más años, con mejor salud —y menos gasto sanitario— y la suma de todos estos factores redundante en una mayor calidad de vida que tiende a

atraer más inversión extranjera y talento. Un efecto que a su vez repercute en la capacidad del país para innovar y crecer a largo plazo y al que puede contribuir además la benignidad de nuestro clima.

Remediar las carencias arriba señaladas y apostar por la salud, la cohesión y la prosperidad exige reformas profundas, que son las que debemos afrontar en las próximas décadas.

IV. EL FUTURO: LOS DESAFÍOS

A corto plazo, el principal desafío para España es superar los efectos adversos de la crisis del coronavirus, agravada por la guerra de Ucrania. Por un lado, los de carácter económico y laboral, y por otro los nada desdeñables daños de índole psicológica que se derivan de ellos, así como del confinamiento, las restricciones y la enfermedad para aquellos que la han sufrido en sus carnes o en las de sus seres queridos. Además, existe el riesgo de que el empobrecimiento y la desigualdad causados por esta crisis, que los efectos económicos de la invasión rusa de Ucrania amenazan con prorrogar, se cronifiquen,

al menos en parte, lo que tendría efectos muy adversos en el bienestar a largo plazo. La experiencia de situaciones similares —tanto anteriores crisis como anteriores pandemias— invita a creer que España podrá superar el revés y que incluso en ciertos aspectos podría salir reforzada, por la mayor sensibilidad y conciencia de la ciudadanía acerca del valor de lo público y las necesidades que nos acucian: repensar el espacio urbano y la conexión con el medio rural, mejorar los cuidados a los mayores, afrontar de manera decidida el reto del cambio climático y prepararse para posibles crisis análogas.

A medio y largo plazo, encontramos cinco grandes desafíos que son los que pueden comprometer nuestro bienestar futuro.

El primero es el futuro de la economía, en la medida en que existe la posibilidad de un crecimiento económico reducido en el largo plazo si no se acometen cambios profundos en la próxima década. Con una baja generación de renta se verían merma- dos los ingresos públicos y en peligro las prestaciones que dependen de ellos, con deterioro del bienestar para los más vulnerables.

El segundo desafío está relacionado con las carencias de nuestro mercado de trabajo: si no se ataca su precariedad —en forma de temporalidad y parcialidad indeseadas— ni se reduce el desempleo, cabe vaticinar que el trabajo continuará siendo foco de insatisfacción y, por tanto, un lastre para el bienestar de una elevada fracción de ciudadanos arrojados así a la frustración.

El tercer desafío se asocia al envejecimiento de la población: si bien una mayor edad no supone necesariamente una mayor infelicidad, sí puede agudizar los problemas de salud, mental y física, que serán más graves si se debilita el colchón que ofrece el sistema de pensiones o disminuye la proporción de mayores que son propietarios de su vivienda, como cabe prever a la vista de las dificultades de las nuevas generaciones para adquirirla.

El cuarto desafío para el bienestar de los españoles es el cambio climático y el deterioro del medio ambiente, con impacto en el aumento de sucesos catastróficos y efectos negativos en la salud, debidos a la polución y la transmisión de enfermedades.

El quinto desafío que puede afectar al bienestar de nuestra población se deriva de los cambios previstos en la distribución de la población en el territorio de aquí a 2050. Si no atajamos la despoblación y la pérdida de dinamismo del medio rural, ni reconducimos los problemas de vivienda o segregación social vinculados al crecimiento de las grandes ciudades, en estas y en aquel se verá afectado el desarrollo personal y familiar.

V. EL FUTURO: LAS OPORTUNIDADES

Frente a estos desafíos, que son consecuencia del modo en que se manifiestan entre nosotros los enemigos del bienestar, los españoles disponemos de un abanico de oportunidades: las que podemos identificar con sus aliados, esos factores que pueden contribuir a reducir la angustia y fortalecer la satisfacción de las personas, y que en algún caso se manifiestan en los mismos dominios por donde asoman los riesgos que la amenazan.

Hay una oportunidad en la mejora de las bases de nuestro crecimiento, a través de la reforma de las

relaciones laborales y la consecución de ganancias sostenidas de productividad. Si se añade una reorganización de los ingresos que permita recaudar más y mejor, y de los gastos, para garantizar la calidad de los servicios públicos, la sanidad y los cuidados y reducir la pobreza y las desigualdades, el incremento de bienestar sería notorio.

Un aliado en este proceso puede ser el cambio tecnológico, que no sólo abre la puerta a aumentos de productividad, sino a la mejora de las condiciones laborales, liberando a las personas de las tareas más erosivas y facilitando el teletrabajo, en beneficio de la conciliación y la calidad del ocio y las relaciones sociales. Sin embargo, la tecnología tiene su cruz, que convendrá vigilar: los problemas de salud mental y estrés vinculados a la excesiva conexión, la difuminación de la frontera entre el trabajo y la vida privada o el abuso de las redes sociales, en detrimento de otras relaciones humanas, son claros vectores de insatisfacción.

La formación y la recualificación de la población brindan una oportunidad fundamental. Una mejora en la educación no sólo proporciona conocimientos

y destrezas, sino que también es la vía para aumentar el nivel de satisfacción de las personas a través de la adquisición de habilidades psicosociales que ayuden a llevar una vida más saludable y más sensible a las necesidades de los demás. Las escuelas no sólo son espacios de aprendizaje, sino también de socialización, y lo mismo puede decirse de la apuesta por la cultura para la población general: en torno a ella se tejen redes de relaciones humanas satisfactorias, se crean espacios cívicos, se fomenta el ocio creativo y se reducen el desaliento y la soledad, incluso entre aquellos que se hallan más expuestos a ambos.

En especial, y para evitar un deterioro de la satisfacción vital de las personas en edades avanzadas, será indispensable reforzar el Sistema Nacional de Salud y los servicios sociales. La atención sanitaria deberá incorporar los avances que permitan una vida prolongada en buena salud, lo que nos exige salir del estancamiento actual del gasto sanitario respecto del PIB. En cuanto al sistema de cuidados a los mayores, tras la experiencia reciente se impone otra concepción, basada en el fomento de la autonomía y el modelo de hogar en los centros residenciales.

La transición ecológica, por otra parte, no sólo puede tener como resultado un país menos contaminado y más habitable, cuya población disfrute de mayores niveles de salud: también puede generar crecimiento económico y abrir nuevos espacios para la interacción y la convivencia. Por ejemplo: zonas verdes que incentiven la socialización y el ejercicio físico y propicien los beneficios que tanto una como otro reportan a las personas.

Por último, los cambios previstos en nuestro territorio son un posible factor adicional para la mejora del bienestar: gracias a la tecnología podrá cerrarse la brecha que hoy existe entre el mundo urbano y el rural, en cuanto a posibilidades laborales, de ocio, médicas o formativas, al tiempo que proyectamos ciudades más solidarias y cohesionadas para quienes viven en ellas.

VI. EL FUTURO: LAS ESTRATEGIAS

De todas estas oportunidades, y teniendo siempre presente el objetivo primordial, preservar las cotas de

bienestar subjetivo alcanzadas en las últimas décadas y ampliarlas en lo factible a fin de asegurarle a España un lugar entre los países más felices en 2050, se desprenden, en fin, cuatro grandes estrategias, en otros tantos frentes que se identifican como prioritarios.

El primer frente atiende a poner el bienestar en el centro de las políticas públicas y desarrollar nuevas herramientas para medirlo. A tal efecto, hay que incluir el bienestar como objetivo fundamental y explícito en todas las políticas públicas. Y para evaluar su cumplimiento y los logros alcanzados, poner a punto un sistema de cuentas nacionales de bienestar que complemente los indicadores tradicionales, como el PIB y la renta nacional.

El segundo frente se orienta a la mejora de la situación y la satisfacción de la ciudadanía en el orden laboral. Para ello, no sólo es necesario combatir la precariedad, sino atajar el trabajo excesivo, propiciar la flexibilidad y combinar la productividad con el bienestar de los trabajadores. También resulta ineludible promover entre las empresas, grandes y pequeñas, la conciencia de que su contribución social es una parte crucial de su valor.

El tercer frente se centra en el Sistema Nacional de Salud, con la mejora de la prevención y el tratamiento de enfermedades físicas, pero sobre todo con la mejora drástica de la atención a los trastornos mentales que minan el bienestar de la ciudadanía. Para ello es imperativo el reforzamiento decidido de los recursos de salud mental, tanto de su presencia en la atención primaria como en los servicios asistenciales disponibles para la población general o en grupos especiales —y especialmente expuestos—. En esta línea, es vital la implantación de sistemas de formación para la detección temprana, tanto en la población general como en colectivos específicos —niños, sanitarios, docentes— y, sobre todo, aumentar considerablemente la plantilla de profesionales de la salud mental en el sistema español, que en cuanto a los especialistas en psicología clínica apenas alcanza un tercio de la cifra que en proporción a los habitantes presenta la UE.

El cuarto frente, en fin, tiene que ver con la educación y, en particular, con la educación para el bienestar. Nuestros centros educativos deberán ofrecer a sus alumnos la adquisición de competencias

de tipo socioemocional y humanístico, con el fin de ayudarles a gestionar sus emociones y lidiar con fenómenos inseparables de nuestra condición como el fracaso, el éxito o el dolor, en cuya equilibrada llevanza, como avisa Montaigne, está el secreto de un bienestar que no es goce continuo, sino serena asimilación de la complejidad de la existencia. Hay que enseñar a convivir de forma respetuosa y solidaria con lo diverso, a fin de reducir males como la crispación o las actitudes sexistas. Este tipo de formación, más necesario ante la profusión y la velocidad de los estímulos de nuestro mundo digitalizado, no tiene en nuestro sistema educativo una implantación general, aunque las investigaciones nos demuestran que no sólo mejora la calidad y los resultados docentes, sino que facilita la convivencia, reduce los conflictos y disminuye la desafección de los profesores.

El bienestar es individual, pero es colectivo el empeño de propiciarlo. Por eso empieza y acaba aquí, en la educación. Ya lo dijo Epicteto: no hay otro camino para responsabilizarse del mal propio y contenerlo, en lugar de cargárselo siempre al prójimo.